

rostro coloreado y bañado en sudor. Sus miradas se esquivaban, y sólo fué durante la cena y en el momento en que él la sirvió un vaso de agua cuando cambiaron una mirada y una imperceptible sonrisa. Recordaba con terror la expresión de esa mirada y de esa sonrisa apenas perceptibles. «Es cosa hecha», me decía una voz, mientras que otra voz contestaba:

—Es una idea fija, una obsesión, una cosa imposible.

Me apenaba la obscuridad y encendí una luz, y al ver aquella habitación tan reducida con sus cortinajes amarillos, se apoderó de mí una gran tristeza. Encendí un cigarrillo y, lo mismo que sucede siempre que uno se arma un lío de ideas y de contradicciones, fumé el cigarrillo tras cigarrillo á fin de aturdirme y ocultarme esas contradicciones. No pude volver á quedarme dormido en toda la no-

che, y á eso de las cinco de la mañana, cuando aun no había amanecido, resolví, para no continuar sufriendo tantas incertidumbres, marcharme lo más pronto posible. La hora de emprender el viaje era la de las ocho; desperté al portero, encargándole un coche, y envié una carta á la Asamblea, manifestando que tenía que regresar á Moscou para despachar un asunto urgente, y que nombrasen en mi lugar á uno de los suplentes. A las ocho tomaba asiento en el coche y emprendí el viaje.

XXV

Tenía que recorrer treinta y cinco verstas en coche y ocho horas en tren. El viaje en coche fué delicioso. Nos hallábamos en el otoño y hacía un tiempo hermoso aunque frío, brillando el sol en un cielo sin nubes. Las

ruedas dejaban marcados profundos surcos en el camino. El sol lo alegraba todo y la brisa era fresca. Reclinado cómodamente en el fondo del *tarantass*, que era espacioso, entreteníame contemplando los caballos, los campos y los caminantes, olvidándome por completo del sitio á donde iba, pareciéndome muchas veces que hacía un paseo sin objeto determinado y que de aquel modo iría hasta el fin del mundo. ¡Qué alegría más grande la de olvidarme así de todo! Y cuando me acordaba del objeto del viaje me decía:

«Al menos así sabrás á qué atener-te; ¿á qué pensar mientras tanto en ello?» Al llegar á la mitad del camino me distrajo un incidente: el coche se rompió, no obstante ser nuevo; el tener que ir en busca de un albergue, el cuidado del arreglo de los desperfectos, el té en la posada y la

charla con el posadero, fueron para mí otros tantos motivos de agradable distracción. Por la noche, cuando estuvo todo arreglado, continué mi viaje, que tuvo muchos atractivos. Estaba la luna en su primer cuarto; escar-chaba un poco, pero el camino estaba en buen estado, el postillón era charlatán y fogosos los caballos. De esta manera seguía distraído mi viaje, preocupándome poco lo que me esperaba. Tal vez tenía la intuición de ello y mi alegría procedía de que iba á despedirme de los placeres de la vida; mas esa calma, esa ausencia de preocupaciones cesaron en cuanto me bajé del carruaje.

Así que tomé asiento en el tren todo cambió, ya que aquellas ocho horas fueron verdaderamente horrosas para mí, las que en mi vida podré olvidar. Debióse esto á que, al subir al vagón, se apoderó de mí otra

vez la idea de que iba á volver á mi casa, ó quizás también la trepidación del tren me produjo una excitación extraordinaria. Fuese una ú otra cosa, ello es que en cuanto estuve en el tren me fué imposible dominar mi imaginación, que me hizo atravesar por entre las imágenes á cual más cónicas, todas distintas, aunque de igual naturaleza, haciendo desfilar por delante de mis celos, irritados en su más alto grado, las escenas que pasaban allá abajo durante mi ausencia. Encendíame la indignación al ver esas imágenes. La ira y no sé qué clase de embriaguez producida por la indignación me oprimían la garganta, y aquellas imágenes, que no podía alejar, me perseguían como una obsesión. Cuanto más las veía, más creía en su realidad, olvidando que no tenían consistencia alguna. No quería para prueba de su existencia

más que la precisión de lo que veía.

Habríase dicho que, contra mi voluntad, un demonio inventaba y me inspiraba las ficciones más horrendas. Hasta sucedió que acudió á mi memoria el recuerdo de una conversación hacía mucho tiempo olvidada, que un día sostuviera con un hermano de Troukhatchevsky. Me torturé el corazón, lo mismo que aquel que se complace en ahondar la herida, relacionando esa conversación con el violinista y mi mujer. Sí, lo recordé; hacía mucho tiempo que la había sostenido. El hermano del violinista, al que preguntaba yo si frecuentaba las casas de lenocinio, me respondió que un hombre que se respeta no debe pisar esos sitios sucios y viles en los que se corre el riesgo de coger una enfermedad, cuando es tan fácil tener relaciones con una mujer decente, aunque, la verdad, algo madura y

con un diente menos, un poco obesa por los años, pero ¡bah! se toma lo que se encuentra. La hacía él un favor tomándola por querida, y además no se exponía gran cosa.

Repetíme, con terror, que todo aquello era imposible y que no podía haber sucedido nada, aparte de que no tenía ningún fundamento serio sobre qué basar mis sospechas.

¿No me había dicho mi mujer que el solo pensamiento de que yo pudiese tener celos, era una ofensa y una vergüenza para ella? Lo dijo, sí, pero mintió, me dijo una voz interior, y la lucha volvía á empezar.

En el departamento de mi vagón no había más que dos viajeros; una señora de alguna edad y su esposo, que hablaban muy poco. A las pocas horas se aparearon, dejándome solo. Me hallaba en la situación de una fiera enjaulada; unas veces me ponía

en pie de una manera brusca, acercándome á la portezuela; otras daba vueltas con inseguro paso, como si me figurase que con mis esfuerzos y movimientos aumentaba la velocidad del tren. Aquel vagón, con sus banquetas y sus cristales, tenía una trepidación continua lo mismo que éste.

Al decir estas palabras Pozdnychev se irguió, dió algunos pasos por el vagón y luego se sentó y continuó diciendo:

— ¡Tenía miedo en aquel vagón! Se apoderó de mí el terror y me senté proponiéndome pensar en otra cosa, en la conversación sostenida con el posadero en cuya casa había tomado el té; luego se presentaba á mis ojos el portero con su barbaza y su nietecito que tenía la misma edad de mi hijo Vassia. ¡Vassia, hijo mío! ¡Habrás visto al violinista abrazar á tu madre! ¿Qué pensará tu almita ino-

cente? ¡Y qué le importa á ella si le ama! Y vuelta á empezar el desfile de aquellas imágenes. Sufrí tanto, que llegó un momento en que ya no supe qué hacer. De pronto se me ocurrió una idea que me produjo gran satisfacción, la de arrojarme bajo las ruedas del tren y acabar de una vez. Una cosa sola fué la que detuvo la ejecución de mi plan, y fué la lástima que yo mismo me inspiraba, lástima que hizo nacer en mí un odio irreconciliable hacia ellos dos, contra ella sobre todo. Respecto á él, no tenía más que un sentimiento extraño de mi humillación y de su victoria, pero á ella la odiaba. ¡No, no quería con mi desaparición dejarla libre y dueña de sí misma! Era necesario que sufriese, que se diese cuenta de lo mucho que yo había padecido por su culpa.

Al llegar á una estación, observé

que bajaban á beber á la cantina; hice lo mismo y pedí un vaso de aguardiente. A mi lado se hallaba un judío que empezó á hablarme, y para no hallarme á solas en mi vagón le seguí al suyo, que era de tercera y estaba lleno de humo, sucio y con el suelo cubierto de pepitas de girasol. Me senté á su lado y empezó á contarme una porción de historias. Al principio le escuché, pero sin fijarme en lo que decía; lo observó é hizo esfuerzos para cautivar mi atención. Entonces me levanté y me volví á mi vagón.

Quería meditar y asegurarme de que realmente tenía razón para atormentarme de aquel modo. Para estar más sosegado me senté, mas al poco rato voló mi razón, volviendo á desfilar ante mis ojos todas las imágenes. ¡Cuántas y cuántas veces me había torturado ya en mis anteriores

accesos de celos, y siempre sin fundamento, por nada! Y sin duda iba á suceder lo mismo aquel día; pues la encontraría descansando; despertará y será dichosa, y con sus palabras y sus miradas me convenceré de que no ha pasado nada y de que son vanas inquietudes. ¡No; aquello habría sido demasiado hermoso! «Con mucha frecuencia ha sucedido así y, sin embargo, hoy es cosa hecha...», insinuó una voz, y vuelta á empezar mi suplicio.

¡Ah, qué martirio! No sería á un hospital á donde llevaría á un joven para que tomase aversión á las mujeres, sino á que contemplase el espectáculo de un alma turbada como la mía, para que viese qué clase de demonios eran los que la despedazaban. Lo más horrible de todo era que yo creía tener sobre su cuerpo un derecho razonable é indiscutible, lo mis-

mo que si hubiese sido carne de mi carne, y no obstante, comprendía que no estaba completamente en mi poder, que no me pertenecía en manera alguna, sino que podía disponer de ese cuerpo á su antojo y que este antojo no estaba conforme con mis deseos. Ante él estaba desarmado, pero mucho más aun ante ella... Si no ha caído y únicamente tuvo un deseo y estoy enterado de él, esto será mucho peor todavía, me dije. Más valdría que la falta se hubiese cometido y saliese de una vez de dudas.

No acertaba á formular lo que deseaba; habría deseado que ella no quisiese aquello que forzosamente debía apetecer, ¡y todo era sencillamente una locura!

XXVI

En la penúltima estación, cuando el revisor pasó pidiendo los billetes, recogiendo mi equipaje salí ó la plataforma del vagón; al acercarse el desenlace aumentaba mi fiebre. Tenía frío; me temblaba todo el cuerpo y entrechocaban mis dientes. De una manera maquinal salí de la estación con los demás viajeros y tomé un coche para marchar á mi casa. Por el camino me fijé en los contados transeuntes con los que me crucé y leí las muestras de las tiendas sin fijarme en lo que hacía. Después de recorrer un buen espacio de camino, sentí de pronto un frío muy vivo en los pies, acordándome de que en el vagón me había quitado los escarpines de lana que llevaba sobre los calcetines, metiéndolos en el maletín. ¿Estaba éste

allí? Sí. ¿Y el resto del equipaje? ¡No me había acordado de él! Saqué el billete y el talón y de pronto se me ocurrió que no valía la pena de que volviese atrás. Aun no sé en estos momentos por qué tenía entonces tanta prisa. Lo que sé únicamente es que comprendía que se preparaba en mí algo muy terrible, un acontecimiento que tenía una importancia capital, pero no recuerdo si fuí juguete de mi imaginación ó si exageraba la gravedad de lo que iba á suceder. Quizás tan trágico acontecimiento arrojó un lúgubre velo sobre las horas que le precedieron. El carruaje se detuvo fuera de la puerta del patio entre doce y una. Delante de la puerta cochera se habían detenido algunos coches de punto á cuyos conductores atrajeron las iluminadas ventanas de la casa y que eran las que

correspondían al salón y al comedor. Sin tratar de averiguar por qué las ventanas de mi casa estaban iluminadas á una hora tan avanzada y experimentando siempre las más vivas angustias que me oprimían, subí la escalera y llamé. Acudió á abrirme Yegor, un criado muy fiel y animoso, pero muy corto de alcances. La primera cosa que me llamó la atención fué un abrigo colgado en el perchero al lado de otros. Aquello debía haberme admirado; pero no fué así, porque lo esperaba. ¡Era pues cierto!

—¿Quién está ahí, Yegor?—pregunté.

—El señor Troukhatchevsky.

—¿No hay nadie más?

—No, señor.

Y me dió esta respuesta, lo recuerdo muy bien, con un acento alegre como si se figurase que aquello me había de poner contento y además

quisiese persuadirme de que no había nadie más. «Está bien», pensé.

—¿Y los niños?—pregunté.

—A Dios gracias, están muy bien y durmiendo.

Apenas podía respirar y mis dientes entrechocaban. Me había ocurrido muchas veces volver á mi casa presintiendo una desgracia, creyendo ocurría alguna cosa, y encontrarlo todo en estado normal. Aquella vez, sin embargo, no sucedió lo mismo; todas las imágenes que yo creyera falsas y que me persiguieron como una obsesión, se convertían en realidades.

Faltábame muy para echarme á llorar, y mi demonio murmuró: «Eso es, déjate ahora dominar por sensiblerías y llantos, mientras tanto pueden separarse con mucha tranquilidad, y tú te quedas sin pruebas, viéndote condenado á la duda y al

sufrimiento eterno». Inmediatamente la compasión que yo mismo me inspiraba desapareció de mi alma, y sentí deseos irresistibles de llevar á cabo un acto de decisión, de firmeza, al mismo tiempo que de habilidad y astucia. Me convertí en un bruto sin inteligencia, en una bestia feroz.

—No, no hace falta,—dije á Yegor que quería avisar mi llegada.—Vale más que tomes este talón y te vayas á la estación á recoger mi equipaje. Anda, de prisa.

Y se marchó por el corredor para ir á buscar su abrigo. Temiendo que no les alarmase, le acompañé hasta su cuarto y esperé á que se vistiese. Al lado, en el comedor, se oía rumor de voces, al que se mezclaba el ruido de los platos y de los tenedores. Estaban cenando y no habían oído el campanillazo. «Con tal que no se marchen...», murmuré mientras que

Yegor acaba de ponerse el abrigo y se marchaba, cerrando yo la puerta tras él. En cuanto me quedé solo, una ansiedad muy grande se apoderó de mí, arraigándose más y más la idea de que debía obrar en seguida.

¡Obrar! Pero ¿cómo? Sabía únicamente que todo había concluido; que no era ya posible abrigar ninguna duda acerca de su crimen, y que todas mis relaciones con ella debían cesar. Había dudado hasta entonces, diciéndome que aquello no era verdad y que me equivocaba; mas en aquella ocasión no era posible la duda. Estaba tomada una resolución; pero ¿cuál? ¡Hallarse en secreto durante la noche y á solas con él! Esto era, francamente, algo más que olvido de las conveniencias, algo peor, una imprudencia excesiva para que su mismo exceso demuestre la inocencia... Esto era muy claro é impo-

sible la duda. Tenía un temor muy grande, y era el de que se separasen, encontrando un medio para salir del paso, privándome así de la única prueba palpable que me hubiese quitado el doloroso placer de condenarlos y castigarlos. Para sorprenderlos andaba de puntillas, y no pasé por el salón, sino por los cuartos de los niños y por el corredor. En el primero dormían los niños y en el segundo la nodriza, que hizo un movimiento como quèriéndose despertar. Me pregunté cuáles serían sus pensamientos cuando se enterase de todo, y fué tal la compasión que yo mismo me inspiré, que los ojos se me llenaron de lágrimas. Para no despertar á los niños volví al corredor, andando siempre de puntillas, y entrando én mi despacho, me desplomé en el sofá.

¡Yo! ¡Un hombre al que habían educado honradamente sus padres!

¡Que toda mi vida soñara con una dicha conyugal y de fidelidad... ir á parar á semejante cosa! ¡Cinco hijos! ¡Y teniendo cinco hijos, besaba á aquel músico, solo porque tenía los labios rojos! ¡No, no; aquella no era una mujer sino una perra, una perra innoble! ¡Y esto al lado de los cuartos en que dormían sus hijos, á los que siempre aparentó amar tanto! ¡Y pensar que me había escrito aquella carta!

¿Y quién sabía la verdad? tal vez toda la vida había estado sucediendo lo mismo. ¡Quién sabe si aquellas criaturas á quienes creía hijos míos, lo eran de algún criado! Si en vez de llegar á aquella noche aguardo al día siguiente, ¿no habría salido á recibirme con un traje y un peinado llenos de coquetería y con sus modales indolentes y graciosos? Y parecíame estar viendo con toda claridad un

rostro tan encantador y despreciable, y mientras tanto los celos, ese cáncer que lo consume todo, roían mi corazón. ¿Qué iban á pensar la nodriza y Yegor? ¿Y la pobrecita Lisa? Ya tenía edad para comprenderlo. ¡Y acordarme de aquella impudencia, de aquellos embustes y de aquella sensualidad bestial que conocía tan á fondo!

Quise ponerme en pie y no pude. Los latidos de mi corazón eran tan violentos, que mis piernas se negaban á sostenerme. Sí, moriría de una congestión y ella sería la que me habría matado, siendo eso quizás lo que deseaba; mas no estaba dispuesto á morir de esa manera: no tendría esa suerte, ni sería yo quien la proporcionase esa alegría. Heme yo aquí y ellos allí... riendo... sí... no la desdijó él porque era ya una mujer de más edad... ya madura... le parecía aún

bien, é indudablemente no ejercerá ninguna influencia perniciosa sobre su salud querida. ¡Ah! ¿por qué no la estrangulé el día de la semana anterior cuando la arrojé de mi despacho?

Recuerdo muy bien cuanto pensé y dije entonces; no olvidé los sentimientos que me agitaban anteriormente y se apoderó de mí el mismo furor. Sentía unos irresistibles deseos de obrar; todos mis razonamientos desaparecieron, excepción hecha de aquellos que contribuían á que llevase adelante mi propósito. Me hallaba en situación idéntica á la de una fiera acorralada, en la misma de un hombre expuesto á un peligro grave que sigue marchando hacia adelante, obrando sin vacilación y sin turbarse y sin apartar la mirada del objeto que se propone conseguir. Me quité las botas y los calcetines, me acerqué á la panoplia que estaba colocada

encima del sofá y de ella descolgué un puñal de Damasco de aguda y afilada hoja, virgen aún de sangre. Lo saqué de la vaina, y recuerdo aún que ésta,—me acuerdo aún como si fuese de una cosa ocurrida ayer,—cayó detrás del sofá, y que me dije que más adelante la recogería. Me quité después el abrigo, que tenía aún puesto, y andando descalzo y con mucho tiento salí del despacho. Aun no sé hoy día cómo salí, si iba muy apresurado ó despacio, ni cuáles fueron las habitaciones que atravesé, ni de qué manera llegué al comedor, ni cómo abrí la puerta, ni de qué manera entré...

XXVII

Recuerdo únicamente la expresión que adquirieron sus fisonomías cuando abrí la puerta, y si la recuerdo

fué porque produjo en mí un delicioso sufrimiento; fué, como es natural, una expresión de terror cual yo deseaba. Jamás, mientras viva, olvidaré aquel desesperado terror que se reveló en sus rostros cuando de pronto me presenté ante ellos. Creo que el violinista estaba sentado á la mesa, y cuando me oyó ó vió entrar, no hizo más que dar un salto hasta el aparador. El miedo fué el único sentimiento que se reveló en su fisonomía. En el rostro de mi mujer leíanse, aparte del miedo, otras impresiones cuya ausencia puede que hubiese evitado la catástrofe final, porque estas impresiones me parecieron ser el resultado del descontento y la cólera por haber sido molestada en su dicha y en su embriaguez amorosa. Habría-se dicho que no quería más que una cosa: que no la molestase nadie en el